## LA GUERRA DE ORIENTE

Oda.

¿Qué rumor funeral, desconocido,
turba de nuestras noches el reposo?
¿Qué confín de la tierra se estremece?
¿Qué drama misterioso
buscan en las tinieblas las miradas?
¿Por qué al oído percibir parece,
sordas y remotísimas pisadas,
y Europa estremecida,
presa quizás de lúgubres temores,
vela en insomnio ardiente,
atenta a los insólitos rumores,
con los ojos clavados en Oriente?
¿Dónde está el sol? ¿En qué parte del mundo
su luz engendra el día
de tal tribulación? ¿Qué moribundo
reflejo de agonía
la aurora boreal al Sur envía?
¿Por qué roja de sangre luce el alba
al ser de nuevos días triste cuna,
y, orlada de bermejas aureolas,
a la América va la casta luna,
huyendo de este viejo continente,

próximo a ser de sangre una laguna,
que meza hirvientes sus purpúreas olas
del Ural a las costas españolas?
Desde que un día una gigante sombra,
cayéndose a lo largo de los mares,
al que de Cáncer trópico se nombra
fué a dar con su cabeza fatigada,
cubriendo con su manto el Oceano
y haciendo de un volcán una almohada
en que dormir su sueño soberano;
desde que aquel coloso
se hundió, midiendo con su cuerpo el mundo,
con su nombre llenando la ancha historia
y mil generaciones con su gloria,
en siencio profundo
la tierra se quedó: yació la espada
y enmudeció el cañón; y tras el caos
que rodeó la esencia de aquel hombre,
surgió la creación, cesó la nada,
y este siglo quimérico y sin nombre
de sus manos salió: que él con su sangre
bautizó el porvenir regenerado,
y él, mártir, con su muerte
selló la redención de las naciones
y cerró el testamento del «pasado»...
Napoleón murió; con él la guerra;
y el VERBO, que es la paz, reinó en la tierra.
¿Quién perturba los días
de progreso, de luz y de esperanza
que han surgido después? ¿Quién temerario
con sus manos impías



a contener se lanza
la rápida corriente
que sin cesar avanza,
bramando ¡«Libertad»! en son rugiente?
¿Quién la apagada tea
de la discordia agita? ¿Quién viola
la paz reconquistada? ¿Quién emplea
el azote en un siglo que pelea
sin más pavés que la palabra sola,
sin más espada que la sola idea?
¡Guerra! ¿Dónde y por qué? Ya el pensamiento
la cárcel quebrantó del servilismo;
su dignidad el hombre ha restaurado;
la sombra se rasgó del fanatismo,
y el principio sagrado
de «igualdad» ante Dios cunde doquiera,
más lento o más veloz ¡ay! ¡según fueron
más densas la opresión y la ceguera
en que los pueblos míseros durmieron!
¡Guerra! ¿Dónde y por qué? Tended la vista
sobre la faz del mundo;
veréis del Evangelio la conquista,
que así en consuelos la verdad exhala:
«Sois hermanos... ¡levántate, mendigo!
¡humíllate, Señor! Dios os iguala;
porque en verdad os digo
que no hay otra grandeza ni otra estirpe
ni más elevación ni jerarquía
que la del genio en comunión conmigo
¡y la de la virtud, que es hija mía!»
Y esa inmortal palabra

es la emancipación; y ella nos trajo
la fe, que es la virtud, y ella nos labra
un grande porvenir, ¡que es el trabajo!
¡Guerra! ¿Dónde y por qué? No en las batallas,
ni con bronce homicida,
ni con acero y armadura y mallas
la raza de los hombres fraticida
busca ya esa ventura
que una vez para siempre vió perdida
por la misma maldad de su alma impura...
¡No! del corto destierro,
que hemos llamado vida los mortales,
no es posible las penas y los males
ahogar con sangre o estirpar con hierro...
Bálsamo de las llagas las doctrinas
los pueblos aliméntanse de ideas;
castillo inexpugnable es la tribuna,
campo las populares asambleas,
y el triunfo la verdad sagrada y una,
a la cual dice Dios: «¡Bendita seas!»
¡Guerra! ¡Guerra!... ¿Y en dónde?
En los inmensos páramos polares
el grito del autócrata responde:
«¡Guerra en torno de mí! ¡Yo soy la guerra!»
¡Guerra! ¡guerra! ¿Y por qué? Surca los mares
y cunde por la tierra
otro clamor fatídico del polo,
y contesta esa voz entre los hielos:
«¡La Europa es para mí, para mí solo!»
¿Y quién es él? Aborto de los cielos
la sombra le ha engendrado;



le nutre la ambición; el egoísmo
carcome sus entrañas; el pecado
muerde su corazón; el fanatismo
enróscase a sus pies la tiranía
petrifica su alma; la dureza
pintada está en su faz; su pensamiento
es la superstición; la hipocresía
es su traje imperial; y con su aliento
anhelará apagar todas las ciencias,
para dejar el universo a oscuras
y reinar absoluto en las conciencias.
Cadáver del pasado,
quiere infestar un siglo adolescente;
noche de nuestro sol, quiere, menguado,
matar su luz ardiente;
recuerdo de terrores,
tenebroso en el alma se insinúa,
y la vista del mundo atribulada
de él a la Inquisición vaga y fluctúa
y acaso encuentra en él a Torquemada.
Viviente anacronismo,
en nuestro siglo lúgubre extranjero,
es «Tifoe» que vuelve del abismo,
¡susto y horror del universo entero!
¿Quién es él? Dolorida, ensangrentada,
cual en garras de un buitre una gacela,
Polonia está a sus pies despedazada,
viviente acusación que nos revela
su crueldad ambiciosa y despiadada.
Su mano tocó a Hungría,
y la Hungría se heló... ¡mano de muerte!

y Nápoles y Roma y Lombardía,
atadas a sus pies, el sueño inerte
duermen bajo ominosa tiranía.
El pesa sobre Francia
como manto de hielo,
ahoga el pensamiento en Alemania,
del Cáucaso feliz enluta el cielo,
y en América, en Asia y donde quiera
tiene feroz una uña carnicera.
Hoy es Turquía..., ¡Basta,
basta ya de ignominia y de paciencia!
¡El fuego de la cólera entusiasta
en las miradas de la Europa brilla,
y se alza al rumor de las cadenas,
con el rubor en la glacial mejilla
y la ira santa en las heladas venas!
¿Qué quieres? ..dónde vas? Nube de sombra
formada en un rincón de algún imperio,
¿cómo el haber pensado no te asombra
envolver en tu luto un hemisferio
y hacer de mil ejércitos tu alfombra?
¿Cómo has soñado, di, apagar la lumbre
del espíritu humano? ¿No te aterra
la civilización del Mediodía,
la que ha dos siglos incendió a Inglaterra,
la que aún humea en Francia todavía,
la que cunde voraz por la ancha tierra,
la que a tu vez te abrasará algún día?
¡Guerra! Pues tú la quieres,
sea guerra sagrada
por nuestra parte: ¡al invasor Atila,



que trae de nuevo el aquilón en brazos,
opóngase magnánima y tranquila
la Europa, a quien afrenta,
y haga al coloso boreal pedazos,
como a frágil barquilla la tormenta!
¡Oh!, ¡si bajases a la patria mía!
¡Oh!, ¡si en tu loca saña
trajeses algún día
tus fieras hordas a la fiera España!...
¡Ay de tí entonces! ¡El airado noto
que hizo a Napoleón doblar la frente,
te arrojará a la faz tu cetro roto
por las manos de un pueblo independiente!
Entre tanto, naciones oprimidas,
olvidad la flaqueza y el cansancio;
¡levantaos rugientes, aguerridas,
tú, la primera, que en tu seno anidas
el insulto postrer, vieja Bizancio!
Concita tú del cálido desierto
las nómades y fieras caravanas,
las tribus del mar Muerto,
las de Arabia, las hordas caucasianas
y las bárbaras gentes africanas...
¡Todos, hijos de Agar! ¡alzaos todos
y defended la sacrosanta herencia
de Mahometo, y las aras de Mahoma,
y el derecho inmortal de independencia,
y a esa tierna deidad, que reverencia
la historia al lado de la antigua Roma!
¡Hijos del gran Leónidas, alzaos!
Hazañas de los griegos de otros días,

romped del tiempo el polvoroso caos;
corra otra vez la sangre generosa
de Maratón en las cenizas frías,
y al hijo de Moscovia, que os insulta,
sepultad en las olas del Euxino,
que de Jerges las haces aún sepulta!
¡Tú, Francia altiva, liberal, guerrera,
siempre audaz, siempre rica de entusiasmo,
recuerda el sanguinoso Beresina,
donde el que fuera de los siglos pasmo
huyó por vez primera,
dejando tras de sí llanto y ruina:
recuerda del Kremlin la roja hoguera,
que una tumba en los mares ilumina,
y que el trotón cosaco tascó el freno
de tu París en el lujoso seno!
Ahí tienes ¡oh Albión! al que divide
con tu poder el reino de los mares
y allá en la India tus esfuerzos mide
y contigo en los círculos polares
y en la China y doquier siempre coincide;
tú, que eres, oh Inglaterra,
grande, porque el destino te hizo libre,
lánzate al mar, arrójate a la guerra,
y su ancha garra, tu leopardo vibre,
sobre el oso polar que al mundo aterra.
Alemania, Polonia, Italia mía,
de Palermo a Venecia infortunada,
noble y doliente Hungría;
Suiza, ciudadela codiciada
de pérfidos tiranos ambiciosos;



y tú, región feliz, allá sentada
al otro lado de la mar bravía,
repúbica de hombres generosos...
todos, en fin, los que lloráis cansados
los esclavos, los tristes, los opresos,
del pueblo los tribunos desterrados,
los de la patria huérfanos proscritos,
llegad como torrentes despeñados;
«¡Libertad!» «¡libertad!» sean vuestros gritos;
¡precipitaos; vengad vuestros dolores;
caed sobre el tirano;
despedazad sus tercios invasores,
y a Europa purgue vuestra heróica mano
armada de justicia y de venganza,
del que cruel intenta
los faros apagar de una esperanza,
que allá en el porvenir su luz ostenta
tras los aciagos siglos de tormenta!

## A LA GLORIOSA MUERTE DEL CORONEL DON PATRICIO BRAY

ELEGIA PARA EL ALBUM DE SU SEÑOR HIJO (1)

¡Númenes de dolor, templad mi lira!
¡Vírgenes de la Iberia, dadme llanto!
¡Musa de la memoria, quema olores!..,
La heróica muerte del soldado canto...
¡Genios, sembrad en su sepulcro flores!

¡Era un héroe!—Murió—. Murió en campaña
y en su crispada diestra
apretaba el acero
al lanzar con el aye prostrimero
un tierno adiós a la infeliz España.

Murió en la lid siniestra,
civil y fratricida
del torpe despotismo
contra la santa libertad querida...
y «¡Libertad!» diciendo el labio inerte,
en aras de la patria dió la vida...
¡Pensaba redimirla con su muerte!

---

(1) Improvisada y leída en el Liceo de Granada el día 14 de mayo de 1854.—N. del A.

Ronco se queda el atabal guerrero:
la altiva frente del feroz soldado
mustia se inclina; y en su rostro fiero,
con el sol de las lides atezado,
brilla lágrima ardiente,
que al corazón le arranca la tortura
del acerbo pesar que su alma siente...
El león español temblando llora,
y su rugido de feral bravura
¡torna el dolor en ayes de tristura!

¡Bray murió! Liado en su bandera
y al compás de la hórrida metralla,
le llevan a la tumba sus soldados:
fúnebre y ronca música guerrera
marcha con el cortejo: al aire estalla
del lúgubre clarín el grito helado,
y el timbal desconsuela y ensordece
con su son cadencioso y destemplado.

Inmóvil va la espada
junto a la inmóvil mano de Patricio...
¡su faz inanimada
parece blanca rosa marchitada!
¡Es tan joven!... La bella desposada
le vió partir un día, quebrantando
el de amor aún reciente yugo blando...
—¿A dónde vas?—le dijo:
—A defender los fueros españoles,
Bray repuso, besando al tierno hijo,
y a la guerra partió; lidió en la guerra,



y ¡ay! a los pocos soles,
hijo y madre eran solos en la tierra.

¡Murió! Mas no murió, mi caro amigo:
que vive en la memoria del Ibero
y en las páginas áureas de la historia:
vive su prez, su nombre va contigo,
y en su fama inmortal vive su gloria.
¡Hijo de Bray! tu padre,
triunfando de la muerte,
te circunda de honor y de ventura:
¿no alzas la sien orgullecida al verte
hijo de aquel que con su sangre pura
regó el árbol sagrado
de nuestra libertad, a cuya sombra...
¡Libertad! ¡Ay! ¿por qué el labio te nombra?
¿dó están los frutos de ese bien soñado?
¿dónde está, pobre España,
el ídolo amasado
con sangre de tus hijos?
¿dó el monumento que la sangre baña
de Mariana, de Riego y de Torrijos?

¡Libertad! sueño hermoso de la vida,
alimento de grandes corazones,
dicha acaso perdida
por Adán del Edén en los dinteles;
sagrada libertad, hija del cielo,
he aquí, bajo el dosel de esos laureles,
otra víctima más... ¡oh desconsuelo!

¡Libertad! triste reina destronada,
que lloras decepciones, reclinada
en tumbas mil y mil; perdida diosa,
que cobijas doquier bajo tus alas
de mártires sin fin la helada losa;
arcángel sin ventura,
que la pálida faz, en tus cabellos
tristemente encubierta,
abates, y con ellos
lágrimas de ignominia enjugar quieres,
¿por qué bajaste al corazón del hombre
a encarnarte a su anhelo,
si eres visión fantástica sin nombre,
si eres la peregrina de este suelo?

¡Cuántas veces las orlas de tu manto
asieron delirantes las naciones,
y huíste, y encontraron con espanto
de tu velo en su mano los girones,
mientras nueva opresión con férreos clavos
la cadena amarrábales de esclavos!

¡Y aún ansiamos por tí, cuando los ojos
contemplan esta urna funeraria
que encierra los despojos
del héroe liberal, y solitaria
a la viuda ven, huérfano al hijo,
la patria sin ventura,
y al español gimiendo en la amargura
tus négros desengaños
de luto y guerra tras los fieros años!



¿Y esperanza no habrá? ¿Y así muriendo
uno tras otro a manos del verdugo,
o en la ruda pelea,
ó de la edad bajo el pesado yugo
irá esa grande y luminosa idea
a perecer, del mundo aún no gozada,
cual sol que en día lóbrego se eleva
tras de nubes, y a ocaso el rumbo lleva
sin lanzar a la tierra una mirada?

Allá está el porvenir, encapotado,
fatídico, nublado,
que relámpagos fúnebres arroja
al mundo estremecido:
la esperanza está allí, sobre la roja
superficie del mar: mientras retumba
el bronce en el oriente
siguiendo vuestra obra,
¡mártires! ¡bendigamos vuestra tumba!

Manes ilustres, sombras veneradas,
por nuestra libertad sacrificadas,
oid de gratitud el tierno canto
que os eleva mi voz, y sed dichosas
en vuestros monumentos, invioladas...
porque al menos ahí, sombras augustas,
si en este mundo libertad no hubiere
sus lazos rotos ven la almas justas...
¡El hombre sólo es libre cuando muere!

## A MI QUERIDO AMIGO PABLO JIMENO DE TORRES EN EL ALBUM FUNEBRE DE SU MADRE

IMPROVISACION AL TIEMPO DE PARTIR

«¿Qué fuera de mí en la tierra
si yo no tuviera madre?»

En este mundo egoísta
donde nadie quiere parte
de las penas que otro sufre;
donde no nos brinda nadie
la mitad de sus placeres;
donde el corazón es cárcel
del amor propio, y no existe
quien, cual se ama, nos ame;
en este mundo, do el hombre
contra el hombre el hierro blande,
y un hermano al otro hiere,
y el cadalso inexorable
se eleva en la sociedad
ebrio de luto y de sangre;
en estos días de vida,
donde cada hora que cae

del porvenir al pasado,
es un ensueño fugace
de dolor y desengaños,
de fatigas y pesares...
¿qué fuera del corazón,
del corazón noble y grande,
del corazón generoso
que abnegación deseare,
si en el mundo no existiera
el cariño de una madre?
Yo tengo una madre, Pablo;
yo, que cruzando los mares
voy con viento de infortunio,
tengo un puerto en que ampararme;
yo, que agitado camino
al través de vendavales,
tengo un hogar en sus brazos,
tengo en su cariño un ángel,
que me guía en las tinieblas,
que me sigue a todas partes.
Cuando yo sufro, ella sufre;
lloro, y sus lágrimas caen;
río, y brilla su sonrisa;
y así me dará, si es dable,
su ventura, como acepta
la copa de mis pesares.
Yo tengo una madre, Pablo;
ella protege la nave
de mis días, y me dice:
«¡Ten esperanza!»—abrazándome—
«¡y vive por mí, hijo mío!»...



Ella es mi punto de enlace
con la fría humanidad;
ella es el lazo suave
que me retiene en el mundo;
ella es el místico cáliz
que templa mis amarguras,
antídoto de mis males...
¡Pablo!... ¿Qué fuera de mí
si yo no tuviera madre?
¡Y tú has perdido la tuya!
¡Oh! bien comprendo tus ayes,
tus lágrimas, tus suspiros...
Tú naufragas, roto el cable
de salvación... tú zozobras...
se apagó el astro que arde
en el cielo de la vida...
¡y ya tu rumbo no sabes!
Buscas donde reclinar
tu sien, que el dolor abate,
¡y ya no encuentras un seno
donde tu frente descanse!
Lloras solo, solo ríes;
ya tu corazón no abres
la filial confianza;
ya tu alma se retrae
a una ficción egoísta...
¡dices al pecho que calle,
y al llanto que no te inunde,
y al grito que no se escape,
y al corazón que no tiemble...
y al dolor..., que sea sociable!...

porque sabes que no tienes
quien comprenda tus pesares;
¡porque sabes que has perdido
tu madre, tu pobre madre!
Llora, infeliz, noche y día;
llora, como el triste sauce;
con la cabeza en la tierra
llora de lágrimas mares;
agota tu corazón...
¡y aún no llorarás bastante!
Ya eres pájaro sin nido,
sin puerto eres triste nave,
sin agua y en el desierto
eres solo caminante;
luna sin sol, voz sin eco,
eco perdido en el aire;
flor segada de su tallo,
que se marchita a la tarde;
extranjero entre los hombres,
que hacerse entender no sabe...
Huérfano, vives proscrito
en el mundo miserable;
pues veinte años has vivido
en comunión con los ángeles;
¡que si ellos viven en Dios
tú vivías en tu madre!...
Llora, Pablo; llora, amigo;
llora sin consuelo... ¡ay!
llora sin cesar, y el lloro
quizá tus angustias calme.
Yo a tu lado lloraría



que ausente estoy de mi madre;
mas también de tí me ausento
y a un mundo voy que no sabe
el precio de un corazón,
ni el valor de un tierno aye;
¡a un mundo, Pablo querido,
donde llorar es en balde!
Adiós... si el dulce recuerdo
de mi amistad puede darte,
si no consuelos, valor
para soportar tus males,
¡piensa en mí, que te he ofrecido,
ya que no bellos cantares,
la ofrenda de un corazón
que sabe amar a una madre!